

PAVÓN: LA

CLAUDIA MÉNDEZ ARRIAZA
cmendezca@elperiodico.com.gt

Han pasado diez semanas desde que las fuerzas de seguridad ingresaron a la Granja de Rehabilitación Penal de Pavón. El 25 de septiembre, en uno de los operativos más aparatosos de la actual administración, más de 3 mil agentes de la Policía y el Ejército rodearon esa prisión e irrumpieron en ella para recuperar el control de la cárcel, un reino delegado a los prisioneros desde hacía más de una década.

Pavón era una especie de república independiente, un Estado separado incrustado en el trópico guatemalteco. Ubicado a solo 17.5 kilómetros del centro de esta ciudad, un viaje de 30 minutos desde la sede de gobierno, sus habitantes, 1,651 hombres, confinados dentro de 8 manzanas delimitadas por varias paredes de alambres de púas electrificadas, se regían bajo las normas establecidas por el Comité de Orden y Disciplina (COD), un órgano de gobierno conformado por los propios prisioneros.

El Comité de Representantes de la Población Interna había surgido en 1989 con el fin de mediar la comunicación entre prisioneros y autoridades. Más tarde, durante el gobierno de Álvaro Arzú, los funcionarios de seguridad dieron libertad a los representantes para que se organizaran a fin de suplir sus necesidades: así surgió el COD con su propio reglamento.

La ley impuesta por el COD, o el Comité, como lo llamaban los prisioneros, era inusitada pero simple: cada privilegio tenía su precio, las reglas determinaban las normas de conducta de cada ciudadano, violentar una sola acarrearía severos escarminos extraídos de un catálogo de castigos. Imperaba en este reino una especie de Ley de Herodes, o *te chingas o te jodes*: el bienestar de muchos significaba necesariamente el perjuicio de otros, prevalecía el más fuerte, o sea el prisionero con mayor poder económico.

Estuve en repetidas ocasiones en esta prisión. Vi rarezas: vi un restaurante con mesas de billar, vi un estudio profesional de grabación y producción musical, vi reos pasearse en bicicleta de un lado a otro, vi casitas pintadas de colores, una de ellas era palo rosa y tenía una hermosa enredadera en el patio trasero.

Supe de ciertos eventos relevantes: supe, por ejemplo, de la

MOISÉS CASTILLO/
EL PERIÓDICO

ENCAPUCHADOS.

Los reclusos dicen que hombres con gorros pasamontañas ingresaron a sacar de las filas a los siete prisioneros que murieron en Pavón.

fiesta de Navidad celebrada en 2004, cuando el exceso de alcohol estuvo a punto de intoxicar a la élite de la prisión; supe también que en la ceremonia para la elección de Señorita Pavón en 2002, un coronel condenado por narcotráfico se convirtió en el más encantador maestro de ceremonias que la república pavorosa había conocido; supe, además, detalles de la fiesta para el Día de las Secretarías en 1998, la cual concluyó con la fuga de dos prisioneros que escaparon en las gigantescas bocinas de la disco contratada para la ocasión.

Pavón parecía todo, menos una cárcel: era un paisito, réplica perfecta, con todo y sus defectos, de esta tierra tropical en la que surgió. En los últimos diez años, una decena de directores del Sistema Penitenciario se resignó a llevar la fiesta en paz con aquella cárcel. Ninguno se atrevió a retar ese reino independiente.

El sistema ensambló de tal manera en la cotidianidad que lo absurdo se convirtió en normal: en 2004, cuando Tomás Hernández, ex presidente del COD, recuperó su libertad, los medios cubrieron las elecciones presidenciales más inverosímiles.

Los candidatos a la Presidencia (prisioneros) se presentaron a la población (prisioneros) en campañas en las que de verdad, abundaban las promesas para una prisión mejor. Mandaron a imprimir papeletas de colores con las fotografías de los presidenciables y vicepresidenciables, a fin de que en proceso democrático —así decían los participantes— los prisioneros eligieran a sus nuevas autoridades.

Nadie cuestiona la necesidad de acabar con ese cinismo y nadie

inquire siquiera sobre la urgencia de concluir con esa burla que ridiculizaba la democracia de cualquier Estado. Incluso los mismos prisioneros reconocen ahora, confrontados con su conciencia, que aquello no era una cárcel.

Carlos Vielmann, ministro de Gobernación, citado en un artículo publicado el 26 de octubre en *The New York Times*, declaró que la gente preguntaba por qué las autoridades tardaron tanto tiempo en reaccionar. “Es que queríamos hacerlo bien”, se respondió a sí mismo, según el diario neoyorquino.

Semanas después, los hechos demuestran que el gobierno pudo no haberlo hecho bien. Las evidencias indican que las fuerzas de seguridad se valieron de escuadrones adoctrinados que irrumpieron en la prisión para exterminar a siete hombres, y la labor de inteligencia de la cual se ufanaron las autoridades para retomar la prisión parece, con la distancia, una inteligencia de terror, digna de una guerra.

Uno puede llegar a creer, al conocer los detalles de lo que sucedió en la prisión aquella madrugada, que los reclusos no mienten cuando dicen que en la cárcel se les ha hecho firmar un documento que exime al Sistema Penitenciario (SP) y al propio director de Presidios, Alejandro Giammattei, de cualquier responsabilidad de lo que ahora los reclusos llaman “los sucesos del 25 de septiembre”. El Director se indignó al escuchar esto: “Es la primera vez que escucho semejante cosa”, respondió, “no sé si alguien en mi nombre hace circular ese documento”.

Es imposible comprobar la existencia de la supuesta carta: los



MOISÉS CASTILLO/EL PERIÓDICO

LA CASITA DE MADERA fue destruida días después. No quedó más evidencia de la sangre que las fotografías de Prensa.

reclusos dicen que el documento llegó a ellos a través de empleados del SP, quienes les pedían firmar —hubo sectores que se negaron a hacerlo—. El documento estuvo siempre en poder de los guardias, los prisioneros aducen que no pudieron obtener una copia. Este hecho fue, incluso, denunciado oficialmente a investigadores de la Oficina del Procurador de los Derechos Humanos (PDH).

Pero el hecho más triste de la toma de la cárcel es, sin duda, la reacción de una sociedad ingenua que participó de inmediato en el espectáculo, e igualmente triste fue la muestra de hipocresía del *establishment* que recriminó hechos que no solo aprobó en su momento, sino que engendró, reprodujo e incluso alimenta en la actualidad.

El truco de las autoridades consistió en exacerbar, a través de los medios de comunicación, la reprobación a los excesos de los prisioneros. La sociedad reclamó indignada: ¿Cómo es posible?, ¿cómo puede un reo tener pantallas de plasma en su celda?, ¿en qué cárcel del mundo un

preso construye una casa y vive en ella?, ¡y las computadoras! y ¡los aparatos de gimnasio! y ¡las cabinas telefónicas!

Una lista de interrogantes obligatorias nunca fue formulada: ¿por cuál puerta ingresó todo aquello? Giammattei y la decena de sus antecesores siempre supieron que nada entraba por puertas traseras, que los prisioneros no rompían las mallas para ingresar sus excentricidades: todo entraba por la puerta principal, ¿en qué otro lugar cabrían 14 cabinas telefónicas? Las puertas principales se abrieron de par en par a la corrupción más emblemática de este sistema.

La casa del prisionero Jorge Batres escandalizó al punto que alguien llegó a compararla con “La Catedral” de Pablo Escobar, aunque claro, no podía compararse la *celda-country-club* del legendario narcotraficante colombiano con la *casita-de-madera* de Pavón.

El reproche no era la casita ni el jacuzzi en ella, sino ¿cómo llegó hasta ahí? ¿Qué cara hacían los vendedores de cemento, madera, piso cerámico, cuando preguntaban por el lugar de entrega y la respuesta era kilómetro 17.5, carretera a Fraijanes, Granja de Rehabilitación Penal de Pavón?

Hoy, a solo pasos de Pavón, en la prisión vecina, Pavoncito, los familiares que visitan a prisioneros dan cuenta de cómo los camiones repartidores con el sello de una empresa multinacional descargan cajas de aguas gaseosas para abastecer la nueva abarrotería que monopoliza los negocios en esa prisión. Una práctica habitual en el viejo Pavón a donde empleados de diferentes empresas distribuidoras de agua pura embotellada ingresaban

ESTABLISHMENT" TROPICAL

—Y esa fue la última vez que los vimos vivos—



MOISES CASTILLO/EL PERIÓDICO
A LA MORGUE. Solo los forenses saben el detalle de la muerte de cada hombre.

semana a semana *trochets* con cientos de botellitas para abastecer el mercado más cautivo de esta ciudad.

Un día después de los "sucesos del 25", el teléfono de Giammattei sonó: la voz de un reo reclamaba al Director de prisiones la prohibición de ingreso de fardos de cigarrillos para la venta.

Esos abastecedores fueron cómplices de los prisioneros que pagaban billete sobre billete la mercancía; los mismos jueces aprobaron la fundación de cada negocio dentro del penal; fueron los guardias, siguiendo órdenes superiores, quienes abrieron las puertas de la cárcel a esa doble mor.

Hay una teoría del filósofo francés Michel Foucault acerca de las prisiones. En los años setenta, Foucault inquirió sobre la forma que Francia había cambiado en menos de un siglo sus métodos de castigo: de las ejecuciones y torturas públicas mutó a las reclusiones dentro de las cárceles. En su camino, Foucault descubrió el Panopticon, el diseño de la cárcel ideal patentado en 1791. Era el Panopticon la propuesta de una construcción anular en cuyo centro se levantaría una torre de vigilancia, desde la cual podría verse todo cuanto ocurría afuera, pero su diseño impedía ver qué ocurría adentro. Las celdas la circundaban, estaban construidas con dos paredes que separaban una de otra, cada cual tenía dos ventanas: una exterior para que penetrara la luz y otra interior de cara a la torre de vigilancia. Los ocupantes estarían siempre sujetos al escrutinio del vigilante pero nunca podrían verlo... ni siquiera sabrían si estaba ahí.

El argumento foucaultiano es que el método del vigilante per-

manente se replicó en todas las esferas de la sociedad moderna: los maestros, el agente de Policía, el sacerdote, el militar adoptaron ese rol: están controlándonos todo el tiempo. El vigilante se coló en los niveles más íntimos de la vida del ciudadano y la sociedad moderna, réplica de esa torre y sus celdas, se convirtió en una *prisión continua*. Guatemala es una *prisión continua* y Pavón era como un espejo que la reflejaba rigurosamente.

"La gente ahí ataca a su propia gente, la explota con sueldos de miseria y la esclaviza", declaró Giammattei en una entrevista publicada en *Prensa Libre* el 24 de septiembre. El presidente Óscar Berger ingresó a Pavón horas después de concluidos "los sucesos del 25 de septiembre". "Es degradante, inhumano, un desorden, una total ausencia de autoridad aquí", dijo al salir. Más preguntas para la lista: ¿cuánto se reflejaba ahí el orden social que impera fuera? Esa cárcel nos mimetizaba perfectamente: dominantes y subordinados inmersos en un juego cíclico. Esa era su política: un juego en manos de unos cuantos que a base de fraudes, alianzas de conveniencia, golpes de Estado —que los hubo—, represiones y miedo establecieron un gobierno sobre el resto... ¿Qué era el COD sino una democracia dirigida? La diferencia es que ellos estaban presos.

Entonces había que exterminarlo, pensaron las autoridades, era hora de acabar con él. "Hay un refrán que dice que así como es el sapo es la pedrada. Tenemos que usar diferentes actitudes y estrategias para las diferentes prisiones. La idea es tratar de tener el control", declaró Giammattei a *Prensa Libre*.

Las autoridades llamaron al operativo de incursión en la granja penal "Pavo Real" (nadie entiende de dónde provino el nombre, quizá de un juego de palabras: Pavo de Pavón). En apariencia, tal como lo justificaron los funcionarios de seguridad, el objetivo de toda la operación era arrebatar el poder al COD. En la toma de control murieron Luis Alfonso Zepeda, Jorge Batres Pinto, Estuardo Mayorga Guerra, José Abraham Tinihuar, Carlos René Barrios, Mario Misael Castillo y Gustavo Alfonso Correa. De ellos, solo Zepeda pertenecía al *Comité*, era su presidente.

Javier Figueroa, subdirector de Investigaciones de la Policía Nacional Civil (PNC), explicó que los siete hombres murieron en medio de fuego cruzado. "Se les hizo un llamado para que se entregaran, pero se resistieron", contó, "los reos utilizaron escudos humanos para evitar entregarse. Fuimos recibidos a granadazos, incluso a mí se me vino un grupo de unos 30 hombres, pero se logró evitar el enfrentamiento. Al grupo que venía conmigo nos interceptaron más de 30 gentes, pero logramos evitar que inocentes salieran perjudicados". Figueroa contó que fue en ese enfrentamiento cuando un agente policíaco fue herido, pero resultó imposible localizar a ese policía herido para conocer los detalles de ese choque entre agentes y prisioneros.

La bitácora que minuciosamente levantan los policías no da cuenta de agentes golpeados en esa incursión. Los *circunstanciados*, documentos oficiales que registran cada operativo policíaco, no reportan ningún herido en sus filas. El único lesionado, de acuerdo con esos informes, fue Luis Fernando Ramos, un prisionero que llegó al Hospital Roosevelt con la tibia y el peroné multifragmentados, hechos pedazos, a causa del disparo de un fusil.

El comisario Natareno López, de la Subdirección General de Seguridad Pública de la PNC, consultado por el teléfono, respondió en tres ocasiones que no hubo tal policía herido en el operativo de Pavón. "Revisamos bien" dijo, "y ese día no hubo ningún oficial herido".

No cuesta mucho creerle, si uno recuerda un poco, los detalles sobre el operativo llenaban la boca de sus jefes: una operación

de inteligencia conjunta en la que participaron 4 tanquetas, 3 helicópteros, 1,826 policías, 1,200 soldados, 60 guardias... eran 3 mil 086 hombres... matemáticamente la versión de Javier Figueroa no tiene mucho sentido: uno no concibe a 30 hombres decididos a pelear contra un grupo 100 veces mayor. Tampoco entiende uno cómo 3 mil 086 agentes, la mitad de ellos armados, según las autoridades, no lograron dominar a los 7 insurrectos que aparentemente les hicieron frente.

Entrevisté a dos hombres recluidos en esa prisión. Uno de ellos llegó allí a principios de los años noventa, el otro entró años más tarde. El primero de ellos contó que la tensión empezó el 24 de septiembre, un día antes. El artículo que publicó *Prensa Libre* sobre la mafia que controlaba el penal los tenía en alerta. "Todo mundo estaba asustado al leer la prensa, pero como la mayoría de la población, trataba de tranquilizarme, pensando que venían por el *Comité*". El personal del SP les repetía que la gente trabajadora y honrada no tenía nada de que preocuparse.

El SP había roto relaciones con el *Comité* desde el 20 de julio, de acuerdo con Giammattei, cuando el COD presentó una lista de 57 personas a quienes demandaban remover de la prisión. "Ellos exigieron: o los sacábamos o los mataban", recordó Giammattei, sentado en el escritorio de su despacho el martes pasado. "Nosotros no cedimos e hicimos presión: no dimos desayuno, tampoco almuerzo, ni cena. Empezó un proceso de frío entre Pavón y el Sistema Penitenciario".

Las relaciones estaban tan frías que los prisioneros, cuando leyeron el artículo, interpretaron pronto que la noticia sobre las mafias en la cárcel era la señal: en su percepción, la historia noticiosa era una estrategia de las autoridades para ganarse a la opinión pública. Una forma de conseguir carta blanca.

Uno de los prisioneros entrevistados me contó que ese día habló con Batres, uno de los reclusos muertos en la operación. "Me dijo textualmente: 'Me llaman, vienen por mí, voy a sacar todas mis cosas, yo no me voy a oponer para no perjudicar a la población'. Y efectivamente, se vio a sus trabajadores subir todo: perros, compu, amueblados, televisión, equipo de sonido..."

Jorge Batres Pinto tenía 37 años y era colombiano, los reclusos dicen que se encargaba de introducir droga al penal para procesarla y luego distribuirla afuera. En 2001 había sido capturado y condenado a 12 años de prisión por delitos de narcotráfico. Su abogada empezaba justamente en esos días los trámites de redención de penas y, de acuerdo con su expediente judicial, su libertad condicional podía procesarse a partir del 5 de noviembre de 2006. El prisionero había pagado la multa de Q50 mil impuesta en su sentencia hacia más de un año: el 6 de julio de 2005.

En la prisión se le tenía cierto reconocimiento porque coordinaba y financiaba Praxis, la asociación que dirigía la escuela de arte y carpintería dentro del penal. Batres nunca perteneció oficialmente al COD. Su expediente judicial guarda aún un diagnóstico médico de 2005: un doctor le detectó cáncer de próstata.

Los "sucesos del 25 de septiembre" empezaron a las 3:00 de la mañana. La campana de la iglesia católica los alertó de que estaban rodeados por tres pelotones de militares y policías distribuidos de la siguiente forma: uno frente a la puerta principal, el segundo a la derecha del campo de fútbol, el tercero bajo la casa de Batres. Más tarde, a las 4:30, el penal se quedó a oscuras: habían cortado la electricidad del interior. Una hora después, una patrulla con megáfono repetía: "Por favor, todos reunirse en el centro del penal que va haber una requis".

La mayoría de prisioneros estaba, poco antes de las 6:00 de la mañana, en la plaza cívica frente a las oficinas administrativas del penal, cuando cortaron la energía de la malla eléctrica que rodea la cárcel. Integrantes de organizaciones de derechos humanos contaron que, de acuerdo con los prisioneros, el minijército de hombres gritaba al unísono: "Un motivo queremos... un motivo queremos". Las tanquetas, los helicópteros, el coro de más de 3 mil hombres era una estrategia para golpear psicológicamente a los prisioneros.

Las tanquetas entraron simultáneamente por los tres puntos —la puerta principal, el campo de fútbol y la casa de Batres— a las 6:00 de la mañana. Tras ellas, una masa oscura se movía coor-

dinadamente: era el pelotón de policías uniformados de negro que hacían sonar sus botas impetuosamente en el suelo.

Uno de los reclusos que vivía en el área de cocina juró que en ese momento Zepeda llegó a hablar con ellos: "Nos dijo que nos quedaríamos tranquilos, que el Comité iba a entregar Pavón".

"Pero empezaron a disparar como locos, en todas direcciones, en ningún momento un reo accionó un arma, ¿quién sería lo suficientemente tonto para enfrentarse a una tanqueta? La tanqueta que entró derribando el portón de entrada se encontró con Zepeda, llevaba los brazos levantados, queriendo entregarse para negociar la requisa. La tanqueta paró y los policías que venían atrás lo arrestaron. Fue la última vez que se le vio con vida".

En ese primer intercambio cayó el reo herido que registraron los policías en los *circunstanciados*. Un recluso que presenció la escena dice que el prisionero, después de recibir el balazo, se tiró detrás de una pared. Estaba desangrándose.

Más tarde, a las 7:00 de la mañana, vieron en la plaza cívica al Ministro de Gobernación, al jefe de la Policía, Erwin Sperisen, y a Giammattei. "Nos vieron a todos y se fueron. No había todavía ningún muerto".

En cuestión de minutos, los policías sacaron cinchos de plástico (como los que se usan para amarrar cables de computadora) y amarraron las manos de cada recluso. Los agentes requisaron las tiendas frente a la vista de todos, pero fue en ese momento cuando los prisioneros de Pavón vieron entrar un grupo de hombres vestidos de civil, encapuchados, llevaban lentes oscuros. "Llevaban teléfonos en la mano, para ver fotos y pedir nombres a algunos", aseguró uno de los reclusos.

Entre ellos identificaron a Carlos Barrientos, condenado por asesinato y lesiones. Había sido capturado en 2000. Mientras estuvo recluido en el Centro de Detención Preventiva de la zona 18, protagonizó una pelea con Byron Lima, el capitán condenado a 20 años de prisión como coautor de la ejecución de monseñor Juan Gerardi. Hubo cuchillazos y puñetazos en esa ocasión.

En medio del incidente, Barrientos robó la agenda del militar, la cual entregó a los fiscales del caso Gerardi. Barrientos entonces se convirtió en un personaje más del caso Gerardi: los fiscales querían que declarara cómo había encontrado la agenda a fin de validarla como prueba, aunque esta no fue evidencia clave del proceso.

Ya en Pavón, Barrientos se dedicaba a la usura. Uno de los reclusos me contó que justamente antes del operativo había cancelado su deuda: Q5 mil que recibió prestados a una tasa de 10 por ciento mensuales. Barrientos monopolizaba, además, el negocio del agua pura (era distribuidor exclusivo de Xajanal, Scandia, Salvavidas y La Suiza) y era propietario de un depósito de víveres que distribuía a la cadenita de tiendas que operaban en la prisión.

Giammattei se refirió a él que como un "Mini Registro de la Propiedad" en Pavón. Es que poseía varios terrenos, los cuales ofrecía o rentaba a los prisioneros que no tenían cupo en las celdas de la prisión y debían buscar un espacio para vivir en la cárcel. El Ministerio de Cultura y Deportes recién lo había nombrado coordinador oficial de la rama deportiva en la prisión, pero nunca perteneció al COD. Todo lo contrario, se mantenía renegando de los cobros del Comité. Tenía 46 años.

Sus compañeros de prisión dicen que esa madrugada, cuando los formaron en la plaza cívica, Barrientos llevaba una maletita azul. A uno de ellos le contó que en el maletín tenía Q240 mil, US\$3 mil, sus chequeras y entre 2 y 3 libras de oro. Cuando los encapuchados identificaron a Barrientos, lo sacaron de la fila. "Esa fue la última vez que lo vimos vivo".

Los prisioneros siguieron formados en fila india. Era plena mañana: la formación empezó a las 8:00 horas. Los policías los

ordenaron en una larga y delgada columna, eran 1,651 hombres que caminaban lentamente pegados a la malla, siempre dentro de Pavón. Caminaban de la plaza cívica a los campos de fútbol, pero había un punto, la puerta que deben cruzar en el área de talleres, donde un grupo de encapuchados separaba prisioneros. Mientras cruzaban esa puerta, varios vieron sentados y amarrados a Correa, Tinihuary y Mayorga. "Y esa fue la última vez que los vimos vivos".

Correa era colombiano. Había sido capturado en mayo de 1999 y un año después un tribunal le condenó a 16 años de prisión por delitos de narcotráfico. Correa iba a cumplir 36 años el 15 de noviembre. Sus compañeros -y sus familiares- aseguran que estaba por recuperar su libertad, en mayo. Incluso el recibo 0248125 de la Tesorería del Organismo Judicial (OJ) da cuenta que el 6 de junio de 2006 había pagado los Q50 mil de multa impuesta en su sentencia. Su expediente, no obstante, indica que su libertad condicional podía procesarse solo a partir de 2014. Correa no pertenecía oficialmente al COD.

Tinihuar, de 22 años, había sido condenado por asesinato en 2003. Nunca perteneció oficialmente al COD, todo lo contrario: vivía en constantes pugnas con el Comité, al punto que querían expulsarlo del penal, estaba incluido en la lista de los 57 que el Comité quiso expulsar en julio. Tenía una casita y se ocupaba de atender una pequeña tienda.

Mayorga, condenado a 50 años de prisión por secuestro, era un

reo *sin oficio ni beneficio*, dicen sus compañeros, no se ocupaba en nada. La única vez que lo vieron empleado fue cuando trabajó para los distribuidores de droga en Pavón. Ellos le daban crack para vender al detalle. Tenía 36 años, esposas y un hijo. Nunca perteneció oficialmente al COD.

Los 1,651 hombres (bueno, ahora eran 1,646 si restamos los cinco separados hasta el momento) estaban formados pegados a la malla en el campo de fútbol, listos para ser trasladados a la prisión vecina, Pavoncito. Ellos esperaban cruzar el boquete cuando de manera inexplicable las fuerzas de seguridad hicieron estallar petardos, uno tras otro. Los reclusos ahora asumen que en ese momento mataban a los separados, porque en pequeños radios transistores que otros llevaban, escuchaban que los hombres que habían sacado de las filas estaban muertos.

Había más adelante dos filas de policías, una frente a la otra; la fila india de prisioneros de Pavón pasó en medio de esas dos líneas de policías. Pasaban uno a uno, había alguien que les tomaba fotografías, además de sus huellas digitales. Así llegaron a Pavoncito, era cerca del mediodía: les quitaron la ropa extra que llevaban dado el traslado. Muchos de ellos estaban enfermos de diarrea, asumen que por los nervios, el ambiente empezó a llenarse de un olor fétido, fermentado, caliente, era el olor de la mierda, el olor de la mierda y el miedo. Nadie había comido, pero vaciaban sus tripas ahí dentro.

Batres, el dueño de la *casita de madera* se había salvado. Sus compañeros, aparentemente, lo vieron acá, en Pavoncito. Les contó que había dado otro nombre para poder escapar de los encapuchados. Ingresó al Sector 3. Un reo recluido en ese mismo sector le contó a los investigadores de la PDH que dos guardias del Sistema Penitenciario bajaron a los sectores y empezaron a gritar su nombre: ¡Jorge Batres Pinto! ¡Jorge Batres Pinto! Los reclusos le aconsejaron no salir, que se quedara ahí, quieto, pero los guardias llegaron y le entregaron un papelito. "Mi abogada", dijo. Entonces subió confiado. "Nunca más se le vio vivo".

La abogada que tramitaba su libertad condicional escuchó también esta versión. En una conversación telefónica aseguró que ella empezó a buscarlo cuando las noticias dieron cuenta de que estaba muerto. "Fue entonces que me empezaron a contar que aparentemente a él le dijeron que yo me encontraba afuera de Pavoncito... y él salió confiado, pensando que yo llegué a buscarlo, pero es solo una versión,

no es algo que ahora pueda comprobarse", dijo la abogada. Ella prefirió que su nombre se omitiera en esta nota.

¿Qué sucedió realmente en Pavón? ¿Es como dice Figueroa que los 7 hombres murieron al enfrentarse a un pelotón de 3 mil policías? ¿o ¿es como cuentan los prisioneros, que los muertos uno a uno fueron separados por los hombres encapuchados?

Giammattei niega la versión de los prisioneros. "Yo estuve ahí, no lo digo porque me conste, sino porque estuve ahí, y hasta donde vi, todo fue tan rápido, una operación de 50 minutos, es imposible pensar en que se cometieron ejecuciones extrajudiciales".

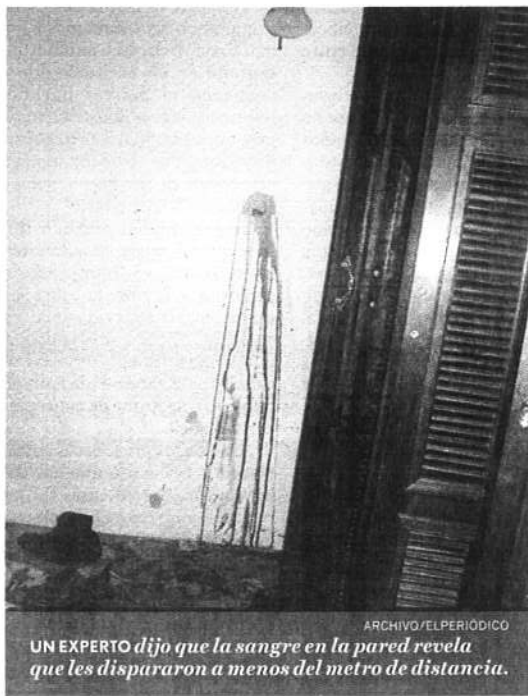
El director del SP cuenta que los prisioneros crearon un *bolson de resistencia*, una especie de escudo humano, que empujaron hacia las autoridades. Es ahí donde se desató el fuego, dice Giammattei, aunque él no tiene una explicación a dicho hecho de que un solo reo resultara herido en medio de semejante enfrentamiento.

El recluso que presenció el momento cuando su compañero resultó herido aseguró lo contrario: "Nadie de nosotros disparó nunca. La Policía entró disparando".

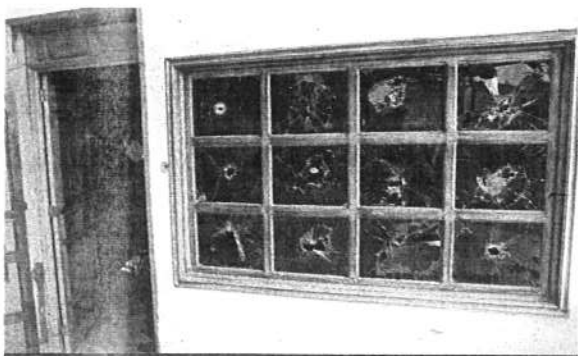
Los *circunstanciados* de la Policía dan cuenta de que en los cuerpos de los prisioneros muertos fueron halladas granadas y fusiles. Pero ¿es cierto eso?, se preguntan los trabajadores sociales que asistían a los reclusos de esa prisión. Si los reos se resistían, ¿es posible que ninguno hiciera estallar una granada en su defensa? ¿A qué llegó la resistencia de los siete? ¿Frente a ese miniejército? ¿Cómo murieron esos siete hombres?

Las actas emitidas por el Servicio Médico Forense del Organismo Judicial que registran el resumen de las necropsias de los siete muertos de Pavón están identificados con números sucesivos, así: 3131, 3132, 3133 hasta el 3137. Es como si los cadáveres se hubieran examinado uno tras otro, así como una secuencia. Los reportes son ahora las únicas piezas que permiten imaginar qué pasó con los reos muertos.

Zepeda y Barrientos recibieron balazos en el tórax y abdomen. En el cuerpo de Batres, el forense descubrió que una bala reventó su arteria carótida -la que lleva la sangre del cuello a la cabeza- el mismo proyectil explotó su vena yugular izquierda. El resumen dice que en el cuello, el tórax y su mano derecha llevaban perforaciones de bala. Mayorga y Tinihuary, los hombres que fueron identificados al cruzar la puerta de talleres, presentaban heridas perforantes en su abdomen y



ARCHIVO/EL PERIÓDICO
UN EXPERTO dijo que la sangre en la pared revela que les dispararon a menos del metro de distancia.



MOISES CASTILLO/EL PERIÓDICO
¿QUÉ ARMA? ¿La ráfaga de qué arma es capaz de pegar directamente en el centro de las 12 ventanas, aparentemente en fuego cruzado entre presos y policías?

tórax. Castillo y Correa recibieron balazos en el cráneo.

Las muertes de los dos últimos son las que menos cuadran en la mente del resto de prisioneros. Ellos creen que Correa fue confundido con Ricardo Ortega del 11, un convicto condenado por el asesinato de una joven universitaria, cuyo caso, está probado, ha sido el más mediatizado de los años noventa.

Los compañeros de Correa dicen que él vendió licor durante cierto tiempo, pero había dejado esa ocupación hace un año, ahora se dedicaba a pintar cuadros. Era, según cuentan los reclusos, un hombre que no creaba problemas, un buen compañero. Los psicólogos de la Liga de Higiene Mental que atienden en esa prisión aseguran que existe en estos días una especie de depresión colectiva por la muerte de Tavo. "Nadie entiende por qué lo mataron", se repiten unos a otros, "era noble y lo querían mucho". Aún la semana pasada, en prisión circulaban videos encontrados sobre su muerte: sus compañeros aseguraban que llevaba múltiples fracturas en el cráneo, incluso decían que eran 17.

Es imposible conocer el detalle de las heridas de los hombres que murieron en Pavón porque el Servicio Médico Forense del OJ mantiene en estricta reserva el informe detallado de cada necropsia. Uno de los médicos declaró durante esa semana de los operativos que los prisioneros aún llevaban los cinchos plásticos en las manos. "Eso provocó un gran problema", dijo Mario Guerra, jefe del Servicio Forense, en las afueras de la morgue, "ahora no podemos proporcionar esa información".

El cuerpo de Correa llegó a Medellín, Colombia, cuatro días después de "los sucesos del 25 de septiembre". El Cónsul de su país me dijo en conversación telefónica que desconoce los detalles

Su mamá, Rosa Barahona, me contó en una conversación telefónica que las heridas en el cuerpo de su hijo eran cuatro: una en cada brazo, una en el pecho, la cuarta estaba en la cabeza, centímetros arriba de la nuca.

Los cuerpos fueron levantados a distintas horas, de acuerdo con las actas del Servicio Forense. Los primeros, el de Correa y el de Barrientos, se levantaron a las 10:35 horas. Los hallaron en el "Sector Talleres". Más tarde, a las 10:48 horas, recogieron el cuerpo de Mayorga. Cerca de 40 minutos después hallaron a Zepeda, el presidente del Comité. Ambos fueron recogidos, de acuerdo con el informe, en el "Sector Las Covachas Gallinero de Jorge Batres". Entre las 12:34 y las 13:25 horas levantaron los cuerpos de Tinihuar, Batres y Castillo: a los tres los hallaron dentro de la casita de madera.

Las fotografías que los periodistas tomaron en esa casa son las únicas evidencias de sangre que quedan hoy de aquella madrugada. La casa fue totalmente destruida días después por las autoridades del SP.

Un experto en criminalística, al ver las fotos de la casa de Batres le explicó al investigador de la PDH que las marcas de sangre en las paredes le hacen pensar que a los hombres les dispararon a una distancia corta, a boca de jarro, le llaman los expertos en balística, dicen que la distancia a boca de jarro es siempre menor a un metro.

Giammattei se irrita al escuchar que alguien descalifica los operativos de la toma de control de Pavón. Más aún si alguien sugiere que los prisioneros fueron ejecutados deliberadamente: "Quien está hablando eso no sabe lo que está diciendo, porque todo está grabado". El Director del SP explicó que cada columna de policías ingresó acompañada de camarógrafos: "Ahí están los videos, hay tomas de todo lo que pasó en la cárcel, cada columna llevaba un equipo de cámara".

Pregunté si podía verlos y me dijo que él no los tenía, porque eran evidencias del Ministerio de Gobernación. El ministro Carlos Vielmann dijo que esas cámaras pertenecían a la Secretaría de Comunicación Social de la Presidencia. Y Rosa María de Frade, directora de esa oficina, aclaró que nunca los camarógrafos ingresaron al operativo. "Grabaron desde afuera", me dijo por teléfono, "es imposible que hayan entrado, había un enfrentamiento, los camarógra-

fos se protegieron y entraron solo cuando todo había terminado".

Cuando le pregunté a Giammattei si él podía asegurar que la Policía no había cometido excesos dentro de la prisión, se llevó las manos a la cara e hizo un gesto de desconcertación. Minutos antes me había aclarado que él nunca entró cuando hubo fuego cruzado. "En primer lugar, mi condición física no lo permite... en segundo lugar, no soy hombre de armas", respondió.

Los investigadores de derechos humanos aprueban la decisión de Giammattei. Ellos reconocen que nunca antes alguien había mostrado su voluntad por controlar las cárceles. En agosto, Philip Alston, el relator de Ejecuciones Extrajudiciales para las Naciones Unidas, dijo en una entrevista que Giammattei era uno de los pocos funcionarios que habían causado buena impresión en él: "Me pareció un hombre impresionante, profundamente comprometido con las reformas, con un enfoque equilibrado, quiere controlar las cárceles y para él la represión no es la forma productiva de hacerlo".

Es por eso que quienes se acercan al caso no creen que Giammattei haya avalado arbitrariamente, creen que simplemente cedió la cárcel a la Policía, y la Policía hizo su trabajo.

Mientras Rosa Barahona me explicaba que no quería hablar más de la muerte de su hijo, el prisionero de 25 años que cosía pelotas, dijo llorando que no quería recordar más el tema, que aún debía lo que había pagado al COD para que su hijo tuviera un espacio donde vivir dentro de la cárcel porque nunca tuvo celda asignada. "También debo el funeral", lloró.

En una conversación por chat, la hermana de Correa me escribió que se había quedado con la duda respecto al rumor de las 17 fracturas. Ella vio que la cabeza llevaba golpes, pero el acta de defunción que recibió tampoco es detallada. En repetidas ocasiones me preguntó si sabía cómo había muerto su hermano. "A veces le ruego a Tavitto que se me aparezca y me cuente las cosas", escribió en el chat. Sus padres no se lo explican, no entienden por qué si su hijo estaba por obtener la libertad condicional, iba a meterse en problemas. La familia solo espera una respuesta, quieren saber qué pasó y cómo murió.

Si les dispararon a boca de jarro, arrinconados en la casita de madera o si murieron defen-

diendo la prisión es algo que quizá nunca podrá saberse a ciencia cierta. ¿Quién va a interesarse por resolver la suerte de siete reos? Mariana Duarte, de la Organización Mundial contra la Tortura (OMCT), declaró en una entrevista publicada el 26 de noviembre en *Prensa Libre* que el problema aquí es a quién se dirige la violencia. "La tortura actual tiene como objetivo a grupos marginales de la sociedad por los que la población no tiene mucha compasión". En la mismas líneas dice que otra cosa sucedería si el torturado fuera el hijo de un ministro.

Un extraño patrón identifica a los gobiernos que han llegado al poder desde 1996. Es un poco de fascismo: no se trata de totalitarismo, represión, torturas o genocidio. Nadie puede negar que este país ha avanzado, que no es el mismo de los años ochenta.

La cuestión es más simple. Una leyenda urbana en los años cuarenta decía que Benito Mussolini podía haber sido un déspota, el artífice de un régimen totalitario y despiadado, pero una cosa sucedió a partir de su llegada al poder: *itreni viaggiavano in orario* (los trenes llegaban a tiempo), eran por fin puntuales.

Era fundamental que *il popolo* (el pueblo), percibiera que el sistema funcionaba. Los trenes llegaban a tiempo y la masa entonces daba su aprobación. Los gobiernos guatemaltecos a partir de 1996 envían mensajes que se empeñan por mostrar que todo está bien: si hay carreteras, hay desarrollo... si hay policías, hay seguridad... no importan los muertos que aparecen día a día en las calles de esta ciudad.

El gobierno de Óscar Berger ha patentado un estilo distinto de enviar esos mensajes: funcionamos, las cosas están cambiando, las cárceles son nuestras, tenemos el control, miren cómo echamos fuera a las prostitutas, estamos saneando la capital al desarticular esos asquerosos burdeles, cierran las discotecas, se acabaron las fiestas rave y el éxtasis. Apaguen la música.

La última pregunta en la lista de interrogantes no formuladas es la siguiente: si así operó la fuerza pública en un espacio diminuto, en 8 manzanas con 1,651 hombres, ¿cómo esperamos que funcione en toda una nación?

**Susana Portillo y María del Rosario Sandoval colaboraron en la recopilación de documentos, información y testimonios de esta investigación.*

"Hay algo que se dará a conocer que para los pelos... Será algo macabro que esperaríamos que los medios no solo lo cubran, sino que exista fiel testimonio de que no se vuelva a degenerar ninguna cárcel que actualmente tenemos"

- Alejandro Giammattei, "el Periódico", 28 de septiembre de 2006.